

LUIS MUÑOZ G.

RAFAEL GUILLEN, POETA DEL
VIVIR HUMANO

ESTAMOS en la presencia de un joven poeta español, nacido en Granada en 1933. Ya en otra ocasión nos hemos referido a Guillén como el poeta de la evocación y de la esperanza con motivo de la publicación de su poema *Elegía* (1961). Su trayectoria poética va dejando una huella decisiva en la poesía española actual. Lleva publicadas varias obras: *Antes de la esperanza* (1956), *Ríos de Dios* (1957), *Pronuncio amor*, libro de sonetos, aparecido en 1960, y que ya cuenta con una segunda edición en 1961. Posteriormente, en 1962, apareció su obra *Cancionero — guía para andar por el aire de Granada*, y, además, el poema que hoy comentamos, *Canto a la esposa*. Granada. Veleta al Sur, 1963.

Creemos con Heidegger que todo poema, en el fondo, es una vuelta, un retorno hacia lo más profundo en nosotros, desde donde podemos volver hacia el pasado y también al porvenir, en una fusión que ancla, desde nuestro presente, en la eternidad poética. Partiendo de estas consideraciones, podremos comprender más claramente la intención, la actitud poética en Guillén, dada ya en el título de su poema *Canto a la esposa*.

Si fijamos nuestra atención en el título, lo primero que llama nuestro interés es el término 'canto'. Y la significación de esta palabra la entendemos como glorificación de algo, exaltación lírica de algo que se da como ser concreto. En este caso, glorificación, exaltación de la esposa. Lo esencial del canto es, pues, la glorificación, la exaltación. Digamos mejor, mostración de las excelencias que el poeta intuye en el objeto que le mueve a buscar la esencialidad.

De aquí, entonces, que Guillén en su poema, que consta de tres partes, empiece a mostrar, a poner en relieve a la esposa y a situarla en su propio ámbito. Así, toda la primera parte del poema estará

estructurada en la alternancia de lo que la esposa es para el poeta, en cuanto ser que se abre a la realización de su existencia temporal, y la posibilidad de estar ahí como intermediaria y camino de su vocación humana en vía de trascendencia. Movimiento que en la expresión poética se traduce en la alternancia de las imágenes encabezadas por las formas verbales "eres" y "estás":

*Eres el hueco justo donde mi voz se acopla.
Doras la resonancia de los trigos mecidos
cuando cruzas despacio la luz de la ventana.
Eres la intermediaria del paisaje.
Escalan mis balcones los pinos y las nieves
cuando tu asombro apoya la frente en los cristales.
Estás en la mañana repartida.*

*Eres el alto andamio con que construyo el sueño.
Tienes dulces sandalias para acercarte siempre
cuando el amor se enrosca en tu frutal contorno.
Llenas la casa toda con recuerdos de gestos,
de posturas de piernas midiendo, recordando
la distancia del beso.*

Ya vemos aquí, en estas dos estrofas primeras, el juego alternativo con que el poeta ve a la mujer en cuanto ser que está ahí, pero contemplado en su interioridad, sumergido en el ámbito interior, desde donde surge el canto. Pero es más, la percibe en la huella que va dejando en las cosas y lugares frecuentados por ella:

*Habita las estancias tu ritmo de cabellos,
contraluces flotando,
neblinosa memoria de trenzas y muñecas.
Vives de casto esfluvio de los muebles usados,
del amable vaivén de las persianas.
Emanas del silencio de las horas cansinas,
de una penumbra verde de rincón con geranios.
Vienes y vas, dejando en mi costumbre
una ternura amiga de suelos encerados.*

Así va surgiendo y aproximándose al centro del recuerdo. Caracterización imaginativa que es sustento real y certidumbre más allá de la presencia tangible:

Eres la verde rama donde mi voz se posa.

Estás en el pretil de mi conciencia.
Merodean sin tino tu silueta
mariposas constantes de inconcreto deseo.
No es tu presencia ya, no es tu tangible
presencia la que a veces
sostiene esta ternura.
Me basta la certeza de que mi voz te cubre.
Me basta la evidencia de tu estela.
Mujer, playa sin rocas donde el mar se crece,
dulcísimo cayado para apoyar la vida.

Y no sólo es sustento sino destino, camino de su existencia que se proyecta desde ella:

Estás en el trayecto de todas mis preguntas.
Sobrevuelas la causa de mis gestos.
El halo de tu cuerpo, presentido,
me inunda por el fondo, como frescor de algibe.

Mujer límite y fuga de mi mano extendida.

Creemos ver en esta primera parte del poema la exaltación de la mujer, en cuanto que ella es para el poeta la llamada a una existencia integrada en el amor. El canto a la mujer en cuanto posibilidad que integrará su existencia cuando se convierta en la esposa.

Notemos, por otra parte, que las imágenes en las cuales va surgiendo esta figura de mujer, conllevan la determinación de lo que es y de lo que significa para el poeta: "límite" como condición de ser concreto, y "fuga" como proyección de su existencia: de su "mano extendida".

La segunda parte del poema, el segundo canto, constituye dentro de la unidad de la obra lo que podemos llamar el canto a la esposa en cuanto ella funda desde sí misma el mundo de los esposos. Un mundo, un ámbito que va surgiendo como realidad, que es creación de pura humanidad. No es sólo la esposa, es ella y su contorno lo que está naciendo en el quehacer menudo de los días:

Como ángel en traje de faena
descompones la casa amanecida.
Las camas y las mesas se abandonan

*sin recato, las faldas levantadas.
¡Sacudes viejos pasos de la alfombra,
que tu amor no es posible sin nacer cada día!*

Este quehacer menudo, en la sola mención, va alcanzando trascendencia que la constituye en cimiento; porque ella es la que imprime a las cosas un sentido nuevo, y "porque tu amor no es posible sin nacer cada día". Por el amor, las cosas también amanecen y despiertan:

*El brillo soñoliento del barniz y del vidrio
despierta a la caricia puntual del plumero.
El reloj te presiente y acelera el latido.
La escoba te florece entre las manos.
¡Canta más alto y barre los recelos;
que quede el aire justo por los cuartos!*

Y también en el tiempo de la esposa hay una hora para la madre:

*Hay una pausa siempre donde la sangre clama.
Es cuando se doblega tu maternal cintura
y un racimo de niños, colgados de tu cuello,
pone a punto de risa la claridad del día.*

El amor y la maternidad se funden en la luciente claridad de los hijos.

Este canto segundo no es sino la descripción de las horas del día de los días de la mujer que es:

*Esposa del amor y la cocina,
de la sonrisa fácil y el pelo alborotado,
de las mangas subidas y la mirada casta.*

Pero he aquí que el poeta no sabe si la paz le viene de "ese diario / trajín. en el que envuelves / nuestro amor, o si es acaso / mi paz este mirarte atareada."

Esta consideración de lo que la esposa es para él, surge de la visión que tiene de ella ahí, presentizada, en su oficio cotidiano, o, mejor dicho, los oficios que son su quehacer diario. De aquí que nos siga describiendo lo que hace y lo que le rodea:

*Dos pájaros te escoltan cuando sales al patio.
Las tapias encaladas te roban la limpieza.
¡Tiende alta la blusa y mi pañuelo
para que puedan verse desde el mar!
¡Tiende al sol tu recato y tu blancura
y que se sequen pronto los recuerdos!*

*Esposa del amor y la costura,
del cesto y de la plancha, que apaciguas
constante mi inquietud, como serenas
el amor blanco y rizado de las sábanas.*

Y el día de los días se va cerrando en la enumeración de estos quehaceres:

*Después, la mano umbrosa de la tarde vencida,
apaga lentamente rendijas y ventanas;
mientras por una escala de palabras mimosas
se te suben los hijos a la altura del beso.*

Nos va quedando la sensación del día que se va acabando en un apagamiento lento, como la cambiante luz del atardecer que se propaga cada vez más tierna. La construcción misma va contribuyendo a esta sensación de tiempo lento, requerido por el amor que exige luces y contornos:

"...cuando tú, sentada y poderosa, / rondneas el día dando forma al sosiego. / ...cuando tú preparas los caminos / por donde el bien resbala hasta entrar en la casa. / ...cuando tú presides la alegría". Todos los elementos sintácticos que denotan durabilidad se han acumulado aquí. Porque el día todavía no llega a su término, la noche no es noche ni se acerca, sino "hasta que tú tienes mullida la almohada".

Y así vemos, cómo al final del canto segundo, la esposa emerge como haciendo el día, las horas del día, la noche, elevándose en un sentido cósmico.

Pero ya llegamos al canto tercero y último que es el canto a la esposa amante y amada que aúna el ser de los esposos.

*Esposa mía, tierra mía,
vasta llanura para mis caballos,
colinas blancas, bosques y vaguadas.*

*Desierta superficie ilimitada
por donde cavan pozos mis palabras
hasta alumbrar el agua o el lamento.*

Y la elevación cósmica que ya advertíamos en el canto anterior, alcanza ahora plena realización en la comparación siguiente:

*Cuando te atraigo lento y te circundo,
mil años luz no bastan al abrazo.
Tu redondez continua alcanza casi
el círculo exterior del universo.*

La esposa como centro, testigo, apoyo y realización de su existencia. Por lo que el poeta se despliega en una serie de imágenes de gran vuelo, en que se conjugan, al decir de Pedro Salinas, la autenticidad, la belleza y el ingenio, condiciones del verdadero poeta.

*Esposa del calor y el abandono,
silenciosa testigo de mi suerte.*

.
*Diariamente esposa, amiga, madre;
metal donde resuena mi vibración más honda.*

Dos imágenes que encabezan otras tantas estrofas en las que el poeta dice buscar "ese amor que no pide fe ni causa, / que a veces sobrenada y se mantiene / en los tibios repliegues con que empieza tu brazo, / o en el surco que dejan las cintas en tus hombros". Y allí donde está palpa "los cimientos" de su "hombría", "justificando, / ahuyentando la nada y la conciencia". Ahí también el camino de lo cierto que se resuelve en tres imágenes cósmicas en una elevación del tono y de su proyección existencial:

*Temporal donde templo mi majestad de ola.
Ciclón con que evidencio mi plenitud de vuelo.
Seísmo en que confirmo mi gravedad de roca.*

Hasta llegar a la unión, a la identidad donde se presiente al hijo:

*Silencio mio, carne mía,
templada ingravidez, pesado aliento.
En tu olorosa piel se transparenta
la claridad del hijo.*

Y en esta elevación y proyección cósmica, el poeta no olvida que su condición humana está inserta en un mundo sobrenatural que le da sentido en el tiempo:

*Esposa del dolor y de la sangre,
Dios reside en el hueco de nuestras manos juntas.*

Tal es el final del poema, de donde podemos agregar, por último, que este *Canto a la esposa* culmina exaltando la vida en común, la unión de los esposos en la que amalgama la pasión, la amistad, el sacrificio y el amor eterno como don de Dios en el que todo se encierra, como camino, uno de los caminos que llevan a una existencia plena, hacia un amor más alto.